

cirse, por medio de la santa Inquisición, al gremio santísimo de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor les pareció. Solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del francés le dió a Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre es vivo, o si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera fortuna que la mía; puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve a servirla todo el tiempo de mi vida; puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algún rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérsela contado más brevemente; puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII

*Que trata de lo que además sucedió en la venta,
y de otras muchas cosas dignas de saberse.*

Calló, en diciendo esto, el Cautivo, a quien don Fernando dijo:

—Por cierto, señor Capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que, aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáranos que de nuevo se comenzara.

Y en diciendo esto, Cardenio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo a ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando que si quería volverse con él, que él haría que el Marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida

y que él, por su parte, le acomodaría de manera, que pudiese entrar en la tierra con la autoridad y cómodo que a su persona se debía. Todo lo agrada deció cortesísimamente el Cautivo; pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la media noche, y al mediar della llegó a la venta un coche con algunos hombres de a caballo, y pidieron posada; a quien la ventera respondió que no había en toda la venta un palmo desocupado.

—Pues, aunque eso sea—dijo uno de los de a caballo que habían entrado—no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene.

A este nombre se turbó la huéspedada, y dijo:

—Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor Oidor la trae (que sí debe traer), entre en buena hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar a su merced.

—Sea en buena hora—dijo el escudero.

Pero a este tiempo ya había salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenía, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestía, mostraron ser oidor, como su criado había dicho. Traía de la mano a una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista; de suerte que, a no haber visto a Dorotea y a Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse.

Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como la vió, dijo:

—Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta hermosa doncella, a quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuesa merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo; aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo.

Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, a quien se puso a mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó a admirar de nuevo cuando vió delante de sí a Luscinda, Dorotea y Zoraida, que, a las nuevas de los nuevos huéspedes, y a las que la ventera les había dado de la

cirse, por medio de la santa Inquisición, al gremio santísimo de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor les pareció. Solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del francés le dió a Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre es vivo, o si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera fortuna que la mía; puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve a servirla todo el tiempo de mi vida; puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algún rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habéroslo contado más brevemente; puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII

*Que trata de lo que además sucedió en la venta,
y de otras muchas cosas dignas de saberse.*

Calló, en diciendo esto, el Cautivo, a quien don Fernando dijo:

—Por cierto, señor Capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáranos que de nuevo se comenzara.

Y en diciendo esto, Cardenio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo a ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando que si quería volverse con él, que él haría que el Marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida

y que él, por su parte, le acomodaría de manera, que pudiese entrar en su tierra con la autoridad y cómodo que a su persona se debía. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo; pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la media noche, y al mediar della llegó a la venta un coche con algunos hombres de a caballo, y pidieron posada; a quien la ventera respondió que no había en toda la venta un palmo desocupado.

—Pues, aunque eso sea—dijo uno de los de a caballo que habían entrado—no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene.

A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo:

—Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor Oidor la trae (que sí debe traer), entre en buena hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar a su merced.

—Sea en buena hora—dijo el escudero.

Pero a este tiempo ya había salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenía, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestía, mostraron ser oidor, como su criado había dicho. Traía de la mano a una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista; de suerte que, a no haber visto a Dorotea y a Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosa como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse.

Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como la vió, dijo:

—Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta hermosa doncella, a quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuesa merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo; aquí hallará las armas en su punto y la fermosura en su extremo.

Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, a quien se puso a mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó a admirar de nuevo cuando vió delante de sí a Luscinda, Dorotea y Zoraida, que, a las nuevas de los nuevos huéspedes, y a las que la ventera les había dado de la

hermosura de la doncella, habían venido a verla y a recibirla; pero don Fernando, Cardenio y el Cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oidor entró confuso, así de lo que veía, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienvenida a la hermosa doncella. En resolución, bien echó de ver el Oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y apostura de Don Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos cortesanes ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado: que todas las mujeres se entrasen en el camaranchón ya referido, y así, fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero y con la mitad de la que el Oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban.

El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor le dió saltos el corazón y barruntos de que aquél era su hermano, preguntó a uno de los criados que con él venían, que cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el Licenciado Juan Pérez de Viedma, y que había oído decir que era de un lugar de las montañas de León. Cos esta relación, y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquél era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte a don Fernando, a Cardenio y al Cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Háblele dicho también el criado cómo iba proveído por oidor a las Indias, en la audiencia de Méjico; supo también cómo aquella doncella era su hija. Pidióles consejo qué modo tendría para descubrirse, o para conocer primero si, después de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaría, o le recibiría con buenas entrañas.

—Déjese a mí el hacer esa experiencia—dijo el Cura—: cuanto más, que no hay pensar sino que vos, señor Capitán, seréis muy bien recibido; porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto.

—Con todo eso—dijo el Capitán—, yo querría no de improviso, sino por rodeos, dármele a conocer.

—Ya os digo—respondió el Cura—que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.

Ya en esto estaba aderezada la cena para el Oidor y su hija, y los dos se sentaron a la mesa; el Cautivo se desvió a un lado, y las señoras se retiraron a su aposento. En la mitad de la cena dijo el Cura:

—Del mismo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los más valientes soldados y capitanes que había en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenía de esforzado y valeroso, tenía de desdichado.

—Y ¿cómo se llamaba ese capitán, señor mío?—preguntó el Oidor.

—Llamábase—respondió el Cura—Rui Pérez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de León; el cual me contó un caso que a su padre con sus hermanos le había sucedido, que, a no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en invierno al fuego; porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenía, y les había dado ciertos consejos, mejores que los de Catón; y sé yo decir que el que él escogió, de venir a la guerra, le había sucedido tan bien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió a ser capitán de infantería, y a verse en camino y predicamento de ser presto maestro de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto; yo la perdí en la Goleta, y después, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino a Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido.

De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida a su hermano había sucedido; a todo lo cual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez había sido tan oidor como entonces. Sólo llegó el Cura al punto de cuando los franceses despojaron a los cristianos que en la barca venían, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habían quedado; de los cuales no había sabido en qué habían parado ni si habían llegado a España, o llevádoslos los franceses a Francia.

Todo lo que el Cura decía estaba escuchando, algo de allí desviado, el Capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacía; el cual, viendo que ya el Cura había llegado al fin de su cuento, dando un gran suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo:

—¡Oh, señor, si supiédes las nuevas que me habéis contado y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que, contra toda mi discreción y recato, me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decís, es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mío, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres ca-

minos que nuestro padre nos propuso, según os dijo vuestro camarada en la conseja que, a vuestro parecer, le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me ha puesto en el grado que me véis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado a mi padre y a mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado a las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural, y yo así mismo he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide a Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones o prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí a su padre; que si él lo supiera, o alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo agora me lastimo es de pensar si aquellos franceses no le habrán dado libertad, o le habrán muerto por encubrir su hurto. Esta duda hará que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh, buen hermano mío! Y ¡quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera a buscar y a librar de tus trabajos, aunque fuera a costa de los míos! ¡Oh! ¡Quién llevara nuevas a nuestro viejo padre de que tenías vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berbería! Que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías. ¡Oh, Zoraida hermosa y liberal! ¡Quién pudiera pagar el bien que a mi hermano hiciste! ¡Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y a las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran!

Estas y otras semejantes palabras decía el Oidor, lleno de tanta compasión con las nuevas que de su hermano le habían dado, que todos los que le oían le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenían de su lástima. Viendo, pues, el Cura que tan bien había salido con su intención y con lo que deseaba el Capitán, no quiso tenerlos a todos más tiempo tristes; y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda y Dorotea. Estaba esperando el Capitán a ver lo que el Cura quería hacer, que fué que, tomándole a él así mismo de la otra mano, con entrambos a dos se fué donde el Oidor y su hija y los demás caballeros estaban, y dijo:

—Cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmesse vuestro deseo de todo el bien que acertare a desearse, pues tenéis delante a vuestro buen hermano y a vuestra buena cuñada. Este que aquí véis es el capitán Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo; los franceses que os dije, los pusie-

ron en la estrechez que véis, para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho.

Acudió el Capitán a abrazar a su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse.

Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de los dos hermanos, allí abrazó el Oidor a Zoraida, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos a quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el Capitán y Zoraida se volviesen con su hermano a Sevilla, y avisasen a su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese a hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al Oidor posible dejar el camino que llevaba, a causa de tener nuevas que de allí a un mes partía flota de Sevilla a la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolución, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció a hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante u otro mal andante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocían, y dieron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá.

Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta a hacer la centinela del castillo, como lo había prometido.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925

CAPÍTULO XLIII

*Donde se cuentan otros extraños acaecimientos
en la venta sucedidos.*

En toda la venta se guardaba un gran silencio; solamente no dormía la hija de la ventera y Maritornes, su criada; las cuales, como ya sabía el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y a caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, o a lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates. Es, pues, el caso que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por donde fuera. A este agujero se pusieron las dos, y vieron que Don Quijote estaba a caballo, recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa:

—¡Oh, mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! Y ¿qué hará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que a tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse?

A este punto llegaba Don Quijote en su tan lastimero razonamiento cuando la hija de la ventera le comenzó a cecear y a decirle:

—Señor mío, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.

A cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió a la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que a él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; por no mostrarse descortés, volvió las riendas a Rocinante y se llegó al agujero, y así como vió a las dos mozas, dijo:

—Lástima os tengo, hermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa a este miserable andante caballero, a quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad a otra que aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma.

—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero—dijo a este punto Maritornes.

—Pues ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora?—respondió Don Quijote.

—Sola una de vuestras hermosas manos—dijo Maritornes.

Paricióle a Maritornes que sin duda Don Quijote daría la mano que le había pedido; y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fué a la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió a su agujero, a tiempo que Don Quijote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar a la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y al darle la mano, dijo:

—Tomad, señora, esa mano, o por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sine para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

—Ahora lo veremos—dijo Maritornes.

Y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó a la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.

Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo:

—Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. No la tratéis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.

Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron, muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba a un cabo o a otro había de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En resolución, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dió a imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento, como la vez pasada,

cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado; y maldecía entre sí su poca discreción y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado a entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su lazo, por ver si podía soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie o arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado (que sin duda alguna se había creído que lo estaba); allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar a su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante ni de su madre; allí llamó a los sabios Lingardeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó a su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente, allí le tomó la mañana tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado; y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, o hasta que otro más sabio encantador le desencantase. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó a amanecer, cuando llegaron a la venta cuatro hombres de a caballo; muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones.

Llamaron a la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por Don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo:

—Caballeros o escuderos, o quien quiera que seáis, no tenéis para qué llamar a las puertas deste castillo; que asaz de claro está que a tales horas, o los que están dentro duermen, o no tienen por costumbre de abrir tales fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo o no que os

a —¿Qué diablos de fortaleza o castillo es éste—dijo uno—para obligar-

nos a guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran; que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada a nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero?—respondió Don Quijote.

—No sé de que tenéis talle—respondió el otro—; pero sé que decís disparates en llamar castillo a esta venta.

—Castillo es—replicó Don Quijote—, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—Mejor fuera al revés—dijo el caminante—, el cetro en la cabeza y la corona en la mano; y será, si a mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener a menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojen personas dignas de corona y cetro.

—Sabéis poco del mundo—replicó Don Quijote—, pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballería andante.

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así, tornaron a llamar con grande furia, y fué de modo, que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban; y así, se levantó a preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban, se llegó a oler a Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse a su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar a oler a quien le llegaba a hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de Don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, a no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, o que la muñeca le cortaban, o que el brazo se le arrancaban: creyó además haber quedado tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra; que era en su perjuicio, porque, entendiendo que le faltaba poco para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo, bien así como los que están en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca; que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que, con poco más que se estiren, llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efeto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido y fué a ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritornes, que ya había despertado a las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que a Don Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo a vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose a él, le preguntaron qué tenía, que tales voces daba.

El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzón y tomando buena parte del campo, volvió a medio galope diciendo:

—Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiembro el rieta y desafío a singular batalla.

Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles quién era Don Quijote, y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio.

En esto oyeron grandes voces a la puerta de la venta; y era la causa de ellas, que dos huéspedes que aquella noche habían alojado en ella, habían intentado irse sin pagar lo que debían; mas el ventero, que atendía más a su negocio que a los ajenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intención con tales palabras, que les movió a que le respondiesen con los puños; y así, le comenzaron a dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro.

La ventera y su hija no vieron a otro más desocupado para poder socorrerle que a Don Quijote, a quien la hija de la ventera dijo:

—Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, a mi pobre padre; que dos malos hombres le están moliendo como a cibera.

A lo cual respondió Don Quijote muy de espacio y con mucha flemas:

—Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere

cima a una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré. Corred y decid a vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningún modo, en tanto que yo pido licencia a la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della.

—¡Pecadora de mí!—dijo a esto Maritornes, que estaba delante—Primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo.

—Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo—respondió Don Quijote—, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo; que de allí le sacaré a pesar del mismo mundo que lo contradiga, o por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado que quedéis más que medianamente satisfecha.

Y sin decir más, se fué a poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua.

La Princesa se la dió de buen talante; y él luego, embrazando su adarga y poniendo mano a su espada, acudió a la puerta de la venta, adonde aún todavía traían los huéspedes a mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decían que ¿en qué se detenía?, que socorriese a su señor y marido.

—Deténgome—dijo Don Quijote—porque no me es lícito poner mano a la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí a mi escudero Sancho; que a él toca y atañe esta defensa y venganza.

Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto; todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Al fin quedaron en paz los huéspedes con el ventero; pues por persuasión y buenas razones de Don Quijote, más que por amenazas, le habían pagado todo lo que él quiso, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero a quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento a la caballeriza, vió a Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda; y así como la vió, la conoció, y se atrevió a arremeter a Sancho, diciendo:

—¡Ah, don ladrón, que aquí os tengo! Venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos, que me robastes.

Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decían, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mo- jicón al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia; y decía:

—¡Aquí del Rey y de la justicia; que, sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladrón, salteador de caminos!

—Mentís—respondió Sancho—; que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos.

Ya estaba Don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese por parecerle que sería en él bien empleada la Orden de la caballería.

Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia, vino a decir:

—Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo a Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay más, que el mismo día que ella se me quitó me quitaron también una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo.

Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándolos, depositando la albarda en el suelo, porque la tuviesen de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo:

—Vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía a lo que fué, es y será yelmo de Mambrino el cual se le quitó yo en buena guerra, y me hice señor de él con legítima y lícita posesión; en lo del albarda no me entremeto; que lo que en ello sabré decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo. Yo se la dí, y él los tomó; y de haberse convertido de jaeces en albarda, no sabré dar otra razón si no es la ordinaria: que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería. Para confirmación de lo cual, corre, Sancho, hijo, y saca aquí el yelmo, que este buen hombre dice ser bacía.

—Pardiez, señor—dijo Sancho—, si no tenemos otra prueba de nuestra

intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaec deste buen hombre albarda.

—Haz lo que te mando—replicó Don Quijote—; que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.

Sancho fué a do estaba la bacía y la trujo; y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos y dijo:

—Miren vuestras mercedes ¡con qué cara podrá decir este escudero que ésta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho! Y juro por la Orden de caballería que profeso, que este yelmo es el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.

—En eso no hay duda—dijo a esta sazón Sancho—; porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró a los sin ventura encadenados; y si no fuera por este bací-yelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas, con toda verdad.

—¿Qué les parece a vuestras mercedes, señores—dijo el barbero—, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aún porfían que esta no es bacía, sino yelmo!

—Y quien lo contrario dijere—dijo Don Quijote—, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces.

Nuestro Barbero, que a todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo, hablando con el otro barbero:

—Señor barbero, o quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo, más ha de veinte años, carta de examen, y conozco muy bien todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni más ni menos, fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé también qué es yelmo y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes a la milicia (digo a los géneros de armas de los soldados); y digo (salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento) que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco